

EL RINCON DEL DOCAT

Nº 6

2018

Comentado por Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

SI DIOS HA CREADO EL MUNDO POR AMOR ¿CÓMO ES POSIBLE QUE ESTE TAN LLENO DE INJUSTICIA, OPRESION Y DOLOR?

La Sagrada Escritura nos dice que toda la creación fue buena cuando salió de las manos de Dios ¡Y VIO DIOS QUE ERA BUENO! Por tanto Dios es infinitamente bueno y de Él no puede salir sino el bien.

Ahora bien, dentro de ese bien se encuentra el que nos creó libres, con el riesgo de que la mala utilización de la libertad introdujese una distorsión. Lo que llamamos el pecado original, al cual se han unido nuestros pecados personales, ha introducido una distorsión en la creación. No han roto el plan de Dios, pero, como fruto de esa distorsión, se ha introducido el mal en el mundo. Por tanto en la existencia conviven el bien que proviene de Dios, y el mal introducido por la distorsión del pecado, azuzado por Satanás, originalmente creado como un ser bueno pero puesto, por su rebeldía, al servicio de esa distorsión.

Es muy importante tener en cuenta la existencia de ese pecado original, porque si uno intenta hacer una explicación de la realidad, un plan de educación, ordenar la vida familiar, no va a tener en cuenta un factor clave contra el que hay que poner medios proporcionados. No se puede tener una ingenuidad antropológica del tipo: “el hombre es bueno por naturaleza, vamos a seguir los impulsos naturales que brotan de nosotros”. Quien tenga esa ingenua ridiculez de optimismo antropológica tiene un problema. Hay que contar con esa tendencia al pecado que ha dejado una herida y una inclinación al mal en nosotros.

El Pecado original es el dogma de la Iglesia que mejor puede comprobarse, puesto que vemos esa tendencia en nosotros mismos. Nuestra voluntad no acaba de ser la dueña de nuestros actos porque existe esa distorsión que explica esa contradicción interior. El hombre nace tocado. *San Ignacio* dice que “*el pecado es la cárcel en el que todos hemos nacido*”. Existe una contradicción entre nuestra dignidad de Hijos de Dios, que Dios nos otorga en el bautismo, y el tener que convivir con esas consecuencias de esa falta de libertad en nosotros.

El mal que vemos en la naturaleza es un eco de esa distorsión, porque afecta no solo a nuestra alma sino también a lo corporal, a la materia.

Y un aspecto más es la existencia de ESTRUCTURAS DE PECADO, que se refiere a que cuando el mal tiene una fuerza especial puede ocurrir que el pecado no sea sólo una responsabilidad personal de uno y de otro, sino que, por haberse extendido y reinado en determinadas situaciones, o momentos históricos, se puede llegar a generar **estructuras de pecado**, dentro de las cuales una persona individual es muy difícil que rompa con ello. Aquí pone el ejemplo de un soldado que es obligado a participar en una guerra criminal. Frente a esas estructuras de pecado

no cabe luchar contra ellas individualmente **sino que la Iglesia entera tiene que hacerles frente** por medio de una denuncia profética, luchando para generar ambientes sanos y liberados de esas estructuras de pecado que puedan suponer alternativas, de forma que las personas individuales no estén irremisiblemente condenadas a caer en esas estructuras.

Los cristianos estamos esperanzados pero no somos falsamente optimistas. Ni el optimismo, ni el pesimismo son cristianos, porque el optimismo suele tener mucho de ingenuidad (los triunfadores del mundo no creen en el pecado original) Y el **pesimismo suele tener mucho de amargura, de un tanto de desconfianza en la Gracia**. Los cristianos tenemos la esperanza, que es confianza en que Cristo es redentor, y que aunque llevemos adelante esta lucha en medio de grandes dificultades Jesucristo y su Gracia no dejan de caminar junto a nosotros y la resurrección de Jesucristo es la última respuesta al mal.